

I CONCURSO LITERARIO DE NARRATIVA MUJER.

¿QUÉ ES PARA TI TU BARRIO?

Dicen que el terreno que se pisa condiciona de alguna manera el modo en que se adquieren los conocimientos, o sea, que el entorno donde nos movemos y vivimos es en cierta manera, un elemento muy importante en nuestro aprendizaje, pues nos proporciona toda una serie de elementos e imágenes que van formando nuestro pensamiento y por tanto, la forma de ser de cada persona.

A lo largo de nuestra vida nos movemos casi siempre pisando un terreno conocido y familiar, al que se termina queriendo como algo muy tuyo. Las calles del barrio donde vivimos, en alguna manera son la prolongación de nuestra casa, y sus gentes, amigos y conocidos en su mayoría, nos reportan la necesaria tranquilidad para vivir y disfrutar del espacio abierto.

Un barrio tiene vida propia, distinta en cada uno según sea su tipismo, su actividad, su luz ... para cada persona el rincón preferido será uno diferente y cada cual percibiremos de distinta forma su olor y los sonidos.

A lo largo de mi vida he vivido en barrios muy diferentes, pero cada uno de ellos, ha influido de manera muy significativa en mi desarrollo personal, haciendo que acumulase experiencias de vida todas importantes.

Mis recuerdos vuelan lejos, hacia una lejana infancia en una ciudad castellana. Sólo recordarlo hace que me sienta niña otra vez jugando a las esquinas entre los portales o construyendo una fortaleza, con los bloques de adoquín amontonados para pavimentar la calle.

El recorrido hasta la casa de mi abuela era muy corto pero para mis ojos de niña, llegar hasta allí, significaba vivir una aventura emocionante y peligrosa. La plaza con su inmenso palacete, era un lugar donde vivían hadas y demonios que por igual me perseguían, por lo que siempre la cruzaba corriendo al ritmo de mi alocado corazón. La plaza, tenía también una gran fuente tosca y redonda con cinco caños de agua rumorosa y cristalina, en verano jugando con los chorros, me refrescaba las manos sucias de jugar a las canicas. Otra más pequeña de aguas ferruginosas que olían muy mal, con unas escaleras de piedra para bajar, era el lugar misterioso y secreto donde me escondía.

La casa donde nací tenía dos balcones que a mí me parecían como sus ojos, asomada en ellos, veía pasar todos los días, largas filas de niños uniformados conducidos por un fraile vestido de negro, que iba repartiéndoles casa por casa. Me gustaba mirar los grandes coches como autobuses tirados por varios caballos que hacían el recorrido hasta las afueras de la ciudad, el carro de repartir la leche y otro más grande y sucio, con un "carbonero" como guía, que era el encargado de dejar el carbón en cada vivienda.

Un almacén de coloniales enorme, también era el centro de mi admiración, había en él, muchos sacos de garbanzos, alubias y lentejas en los que me

gustaba meter las manos abriendo y cerrando los dedos, en un juego quizás algo tonto.

Recuerdo la panadería y su olor, el pan siempre estaba colocado en unos cestos muy grandes, cuando se vaciaban, la panadera, me dejaba recoger las "tetillas" de las barras de pan, que entonces no sé porqué se llamaban "vienas", yo me las comía encantada tratando de calmar mi apetito siempre voraz.

Aquel viejo y entrañable barrio ahora está desconocido, todo lo envuelve un ruido espantoso, y aunque sus vetustas casas están pintadas y limpias, ha perdido al menos a mis ojos, el encanto y la magia con que lo recuerdo.

Mi segundo barrio fue un pueblecillo típico de las tierras secas y áridas de la meseta castellana.

Todo el pueblo parecía que era mío, podía ir y venir sola a cualquier parte, las casas siempre estaban abiertas y a los niños nos dejaban jugar en sus portales, eran el hogar de gente conocida y querida donde me encontraba a gusto y protegida

Recuerdo con añoranza el incesante piar de las golondrinas en mayo y el suave olor de las lilas.

El río bordeado de oscuras choperas, ofrecía todo el material necesario para que mi desbordante imaginación, se pasase el día inventando historias sublimes donde era yo la protagonista. Pescar cangrejos y hacer casas entre las ramas de los árboles eran mis juegos favoritos.

En febrero aparecía la cigüeña, era como el anuncio de que el frío invierno se podía terminar pronto, para el verano ya había "cigüeñinos" en el nido del campanario, entonces, con unos prismáticos, me pasaba mucho tiempo observando como sus padres se alternaban para darles de comer hasta que eran capaces de volar solos en el otoño.

El tiempo pasó y viví el primer amor arrullada por el rumor del viento entre las ramas de los árboles, corriendo bajo la lluvia, envuelta en el olor a tierra mojada, las alargadas sombras de los árboles y los paseos al atardecer hasta el puentecillo romano del pequeño río que casi no tenía nombre. Tiempos hermosos de cerezas en primavera y uvas en otoño.

En aquel rincón perdido dejé de ser una niña, pero aquellos maravillosos años, modelaron creo que de forma definitiva, lo que más tarde sería una forma particular de ver la vida, entenderla y amarla.

No recuerdo mucho del breve paso de dos años por una ciudad norteña lluviosa y oscura.

Había un hermoso parque donde me gustaba ir a desahogar la melancolía de los pensamientos. El barrio donde viví era grande, vetusto y triste, con casas

muy altas de ventanas enormes, allí no fui feliz. Se habían acabado los años del ensueño y la realidad de la vida era tan dura, como aquel viejo barrio en el que mis pies volaban cuando iba al trabajo, sin apenas fijarme en los rincones encantadores que descubrí años más tarde.

Regresé a la ciudad donde había nacido. Un nuevo barrio acogió mis pensamientos inquietos e impetuosos para seguir moldeándolos de alguna manera.

Mi casa era la más alta y nueva de la calle, pero también había muchos descampados en aquella zona en plena expansión, por lo que a veces, me parecía que vivíamos en el campo y me gustaba mucho pensarlo. Cerca muy cerca, había y hay, un paseo precioso de grandes árboles añejos, chopos y castaños en su mayoría, se pisa la hierba al caminar y el especial olor de aquella tierra es algo que no dejaré nunca de recordar y de amar.

Este barrio prosperó y creció muy rápido, mi propia evolución iba paralela a sus cambios, lo recuerdo con cariño, muchos de los rincones por donde pasaba fueron confidentes de mis sueños de juventud. Un banco de piedra en una plaza pequeñita era por aquel entonces mi rincón preferido, muchas veces me sentaba sola a ver pasar la gente en el ir y venir de cada día.

Todo cambió cuando hace ya muchos años me vine a vivir a este Levante de ensueño que deslumbró mis sentidos con su luz maravillosa, el mar y el calor del sol templando mi cuerpo.

El primer barrio en esta nueva etapa no es que fuese especialmente bonito pero para mí si que lo era, todo me parecía grande, amplio, abierto, en una palabra, magnífico para recrear mis sentidos.

La casa estaba enfrente del río por lo que la vista era despejada, había mucho verdor y el sol en los atardeceres era algo maravilloso que antes nunca había visto. Recuerdo de esa época con especial ternura el calor de la buena vecindad que me rodeaba. Yo era joven y además extraña en la ciudad, me dieron lo que más necesitaba en aquellos momentos, cariño, así, la soledad de muchas horas se hacía soportable porque gente amable me ofrecía con generosidad su amistad. Pero por encima de tantas personas buenas, había una a la que rebauticé con el nombre de la "zapatera prodigiosa", era una mujer única, especial, ingenua y tierna. Fue la primera mujer con la que tuve una conversación abierta sobre las cosas del matrimonio y de la vida. Sus sabios consejos aún los recuerdo.

Aquella etapa no duró mucho, cambié de barrio, pero conservo su recuerdo que ha dejado una huella imborrable en mis sentimientos.

La nueva casa estaba en un barrio cómodo y agradable, poco poblado, en aquella época había escasa circulación. Enfrente sólo los árboles del parque separados por una calle muy ancha y tranquila.

Mis hijas nacieron y crecieron en aquel barrio, la acera sin peligros acogió sus juegos y mis tertulias con amigas y vecinas de aquella zona. Por las noches, no sé de donde, la suave brisa de verano traía un delicioso olor a jazmines y por el día, los pájaros nos alegraban con su coro incesante de "trinos y piales".

Recuerdo un mercadito bullanguero donde me gustaba comprar fruta y alguna que otra cosilla aunque a veces no fuese necesaria. Me vienen a la memoria los "paseos" hasta el colegio de mis hijas, siempre corriendo, pues en aquella etapa me faltaba tiempo para casi todo.

Mi casa tenía dos ventanas que daban a la calle, me gustaba ver pasar a la gente que casi siempre era conocida. Las noches de luna llena, contemplarla, ha sido una de las sensaciones más hermosas que he vivido.

Durante muchos años aquel entorno apacible me proporcionó la estabilidad emocional necesaria para hacer el tránsito, entre la juventud exuberante y la incipiente madurez mucho más reflexiva.

Recuerdo como los pensamientos contradictorios me tenían todo el día inquieta. En mi interior se enfrentaban ideas nuevas fruto de la reflexión, con lo que hasta entonces había sido una visión bastante plana de las grandes cuestiones de la vida y los seres humanos, inmersos en ella, buscando cada uno a su manera, la propia identidad y respuesta a las grandes preguntas

Viviendo y aprendiendo, así de aquí para allá, llegué un buen día de septiembre a mi querido barrio en el que vivo actualmente.

¿Qué puedo decir de él?. Es grande, cómodo, moderno, con muy buenos servicios, está bien comunicado, aunque como a tantos otros, le faltan zonas verdes y calles tranquilas por las que pasear.

Hay colegios pero se necesitan más, urge mucho un Instituto de Enseñanza Media y un Centro Social amplio, que acoja a las muy diversas asociaciones, cada una de ellas, con vida propia y que sirven de apoyo y ayuda a la comunidad de vecinos.

La Escuela de Adultos, fue en su momento, el motor de un impulso cultural y renovador muy importante para mí, igual que la asociación de mujeres a la que pertenezco, que es una entidad impulsora de seguridad, autoestima y cultura para muchas mujeres de esta zona.

Recorro las calles de mi barrio, conozco el juego de la luz y sombras de sus rincones en las diferentes horas del día... me encanta observar las casas y admirar las terrazas y balcones casi siempre adornados con flores y plantas que rompen la monotonía de la fachada.

A veces surgen pasajes tranquilos entre dos calles por donde se acorta y se alivia por un momento el incesante ruido del tráfico central.

En sus pequeños parques diseminados un poco al tun tun, los niños juegan en constante algarabía, también hay muchas personas mayores tomando el sol (cuando lo hace), jugando a la petanca y en animada conversación, tratando de llenar ese tiempo que ahora les sobra de la mejor manera posible.

Aquí se está completando mi evolución, me siento segura y tranquila, cosa lógica pues los años ayudan a contemplar la vida con mucha más perspectiva y objetividad. Creo que este barrio está contribuyendo para bien en esta etapa de madurez y sosiego que tengo.

Vivimos, amamos, trabajamos, nos movemos y en el día a día, colaboramos a escribir la historia de barrio, de la ciudad y de la vida, en el camino imparables del tiempo, así que, somos las personas las que propiciamos los cambios en cada barrio trabajando para que el futuro sea mejor.

Como decía al principio, el entorno condiciona el aprendizaje, por eso creo que en este juego de claroscuro que es la vida, el barrio y las personas nos necesitamos por igual. Debemos caminar unidos trazando metas de futuro, hasta lograr que las ciudades sean lugares habitables, humanizando las zonas donde transcurre la mayoría de nuestro tiempo, hasta conseguir que vuelva a ellas el olor de las lilas.

Blanca Villanueva García